

personas, como para que se dediquen á atacarlos y perseguirlos como á enemigos por mar y por tierra usando de los medios que autoriza el derecho de la guerra. Dada en Aranjuez á quince de junio de mil setecientos sesenta y dos.—YO EL REY.—Por mandado del Rey nuestro señor.—Don Miguel de Muzquiz.»

La corte de Lisboa conocía bien su inferioridad: medio siglo de paz tenía desacostumbrada la juventud portuguesa al servicio de las armas; no había generales de reputación, y su ejército no pasaría de veintidós mil hombres. Los españoles, primero con un plan inconveniente de invasión, despues con la tardanza consiguiente á la variación y adopción de otro, dieron lugar á los portugueses á pedir un cuerpo de tropas auxiliares á Inglaterra, y á que estas llegaran en número de ocho á diez mil al mando de lord Tirawley, á quien luego reemplazó el conde de la Lipa Buckeburg, guerrero formado en la escuela del rey de Prusia, y que se situaran en Abrantes. Verdad es que también vino á incorporarse al ejército español en Ciudad-Rodrigo una división francesa, mandada por el príncipe Beauvau. Era ya el mes de agosto cuando el ejército de los Borbones se presentó á atacar la plaza de Almeida, que además de bien fortificada la defendían cuatro mil hombres. La ocupación de los fuertes exteriores permitió pronto estrechar el sitio; del 15 al 16 se comenzó á batir la plaza y á abrir trinchera, y por último bombas arrojadas con acierto á los cuatro ángulos de la ciudad la hicieron arder por otras tantas partes. Mermada la guarnición y consternados los habitantes, con gritos y lamentos movieron al gobernador á proponer capitulación, que le fué admitida (25 de agosto, 1762), siendo en su consecuencia entregada la plaza, saliendo libre el resto de la guarnición, y quedando en poder de los españoles ochenta y tres cañones, nueve morteros, setecientos quintales de pólvora, y dos almacenes de provisiones de boca y guerra. La toma de Almeida abría el camino hasta la capital del reino; no sin razón se celebró en Madrid con fiestas públicas, y el rey hizo una promoción en todos los que en ella se habían distinguido (1).

Encontróse en esta empresa el conde de Aranda, que había sido llamado de Polonia, y vino á reemplazar en el mando del ejército expedicionario de Portugal al marqués de Sarriá, que, falto de salud, pidió su retiro, y le fué de buen grado concedido por el rey, remunerándole sus anteriores servicios con el Toison de Oro. Sobre hallarse el de Aranda en mejores condiciones de mando que su antecesor, puesto que le favorecía la edad, el genio, el hábito de las campañas, su mismo deseo de gloria, y cierto don para captarse la voluntad y el afecto de los soldados, el triunfo de Almeida había alentado y vigorizado las tropas, el marqués de Esquilache había ido á Portugal con solo el objeto de proveerlas de víveres para seis meses, y el rey tenía en su actividad y prudencia una confianza que el de Sarriá no había podido nunca inspirarle. Fué, pues, avanzando el de Aranda, con propósito y deseo de empeñar á los enemigos en una acción general, aunque tuviera que ir á buscarlos á su campo de Abrantes, si á salir de él no se arriesgaban. No mostraban en verdad ansia de entrar en combate los anglo-lusitanos: á parciales reencuentros tuvieron que limitarse los jefes de las fuerzas borbónicas, Orreilly, Riela, La Torre y el mismo Aranda: en uno de ellos ahuyentó y dispersó este la gran guardia de ingleses y portugueses que se le había presentado delante. Algunos descalabros sufrieron también los nuestros, y aunque no fué de gran significación la sorpresa que un destacamento enemigo hizo al brigadier Alvarado en uno de los pasos del Tajo cerca de Villavelha, fué lo bastante para impulsar á Aranda á hacer un esfuerzo con el fin de poner su ejército del otro lado de aquel río; lo cual consiguió, franqueándole á nado la caballería, trasportando la infantería, hasta el número de catorce batallones, parte en una barea, los mas en grandes planchas de corcho, especie de balsas, tiradas por cuerdas (octubre, 1762).

(1) Trajo la noticia á Madrid, ó mas bien al Real Sitio de San Ildefonso donde la corte se hallaba, el mismo Fernan Nuñez, autor del Compendio histórico de la vida de Carlos III, que servía en aquella guerra. Así lo dice en la Introducción.

Sin duda habría proseguido hasta Abrantes, porque nunca había estado mas en aptitud y proporción de poderlo hacer, á no haber por una parte sobrevenido las lluvias de otoño, por otra ciertas noticias, no destituidas de fundamento, que circulaban ya, de estarse tratando de paz entre las potencias. Con que dejando guarnecidos los principales puntos conquistados, retiróse á cuarteles de invierno, sucesivamente á Valencia de Alcántara, Badajoz y Alburquerque (2).

Pero al tiempo que en Madrid se celebraban los triunfos de las armas españolas en Portugal, en otra parte se experimentaban desastres que no se compensaban con aquellas ventajas; desastres que la Francia compartía con nosotros en las posesiones del Nuevo Mundo, aparte de los que ella sufría en Europa (3). Las escuadras inglesas recorrían los mares y acababan de arrebatar á Francia sus colonias. El almirante Rodney, con una de diez y ocho ó veinte navíos de línea, se apoderaba de la Martinica, de la isla de Granada, de Santa Lucía, San Vicente y Tabago. El almirante Pocock, con otra de veintinueve bajeles, se presentaba delante de la mas importante plaza de las Antillas españolas, la Habana.

Desde el ministerio Pitt se preveía, y no se le ocultaba á Carlos III, que la isla de Cuba iba á ser uno de los objetos preferentes de la codicia y de las operaciones hostiles de los ingleses. Por eso cuidó de enviar de gobernador al mariscal de campo don Juan de Prado, de dotar la Habana de una guarnición de cuatro mil hombres de buenas tropas, de aumentar y perfeccionar sus fortificaciones, y de que una escuadra de doce navíos y cuatro fragatas, al mando del marqués del Real Transporte (4), se estableciera allí para la conveniente protección y defensa del puerto. Previno al gobernador que en el caso de sospecha se constituyera en junta de guerra con el jefe de la escuadra, los generales de mar y tierra, y oficiales de superior graduación que allí hubiese, añadiendo el ministro, que por los continuos socorros que se enviaban, podría comprender que no vivía el rey sin recelo, y que así procurara estar tan vigilante como en tiempo de guerra declarada (5). Y en verdad nada sobraba para poner al abrigo de un ataque aquella rica plaza, principal establecimiento mercantil y militar de los españoles en aquellas partes del Nuevo Mundo, y por lo mismo el mas codiciado de los ingleses. Rotas que fueron las hostilidades entre ambas naciones, no había nadie que no esperara y que no temiera un golpe de la marina inglesa sobre la Habana; el capitán general convocó su junta de guerra, segun se le tenía prevenido; pero tan de confiado pecaba, que con frecuencia solía decir: *No tendré yo la fortuna de*

(2) Fernan Nuñez y Beccatini en sus historias de Carlos III.—Gacetas de Madrid de 1761.—Correspondencia entre Carlos III y el ministro Tanucci de Nápoles.

(3) Francia, cuya situación interior era harto calamitosa, á duras penas había podido impedir que el príncipe Fernando encendiera la guerra del otro lado del Rin. Una feliz casualidad vino á sostener á Federico de Prusia al borde del abismo, cuando parecía imposible que pudiese resistir á los esfuerzos de tantos enemigos, á saber, la muerte de la emperatriz de Rusia Isabel Petrowna, y la elevación de Pedro III admirador entusiasta de Federico, que de este modo vino á tener por aliada una potencia que había sido su mas terrible enemiga. Suecia siguió el ejemplo de Rusia, y celebró también su tratado particular de paz. Pero una revolución inesperada ocurrió á muy poco tiempo en el imperio moscovita. Catalina, esposa de Pedro, amenazada de repudio, ganó al senado y la guardia imperial, hizo aprisionar á su esposo, le obligó á abdicar, y siete dias despues murió el czar envenenado. Catalina II fué proclamada: queriendo mantenerse neutral, dió á sus tropas orden de abandonar la Silesia. Francia no fué mas afortunada que Austria: de dos ejércitos que tenía en el Norte, el que mandaba el príncipe de Soubise fué batido por el del príncipe Fernando y obligado á replegarse sobre Francfort: el del príncipe de Condé había logrado algunas ventajas, pero insuficientes á compensar las pérdidas del de Soubise. El ejército austriaco se veía también reducido al estado mas lastimoso. Cada nación de Europa tenía sobrados motivos para desear la paz.

(4) Habíase dado este título, y el de vizeconde de Buen Viaje á don Gutierre de Hevia, por haber sido el que condujo en el navío *Fenix* á Carlos III y su real familia de Nápoles á Barcelona.—*Gracias que el rey concedió al marqués de la Victoria y á su familia*; biblioteca de la Academia de la Historia, Est. 27, gr. 6.ª, un volumen en 4.ª, folio 231.

(5) Pasáronsele sobre esto diferentes reales órdenes en los años de 1760 á 1762.

que los ingleses vengan. Y en sus comunicaciones al rey le daba el jactancioso general tales seguridades, que el mismo Carlos III llegó á persuadirse de que no había cuidado por que los ingleses acometieran aquella isla, pues si tal intentaban, de seguro saldrían escarmentados (1). Veremos cómo se condujo, cuando llegó la hora del peligro, el presuntuoso gobernador.

El 2 de junio (1762) el almirante Pocock con su escuadra de treinta navíos y cien buques de transporte, con catorce mil hombres de desembarco, cruzaba el canal de Bahama, sin que le imaginara tan próximo el capitán general de la isla de Cuba. La mañana del 6 se divisaron ya las velas enemigas á distancia de unas doce millas de la Habana, y todavía el arrogante don Juan de Prado se resistió á creer que fuese la armada británica, hasta que la claridad de la atmósfera y la aproximación de los bajeles no le permitieron dudar mas tiempo. Entonces toda la seguridad y toda la arrogancia se trocaron en aturdimiento y confusión. ¿Qué había de hacer? El que blasonaba de que no serían osados los ingleses á presentarse delante de la plaza, la tenía casi tan mal fortificada y desgarnecida como antes, no obstante los auxilios que para ello en año y medio se le habían prodigado. Contaba para su defensa con cuatro mil soldados de tropas regulares, unos ochocientos marinos, y hasta catorce mil hombres de las milicias del país: el espíritu de los habitantes rechazaba la dominación inglesa. A pesar de todo, los enemigos hicieron al día siguiente (7 de junio) su desembarco sin estorbo por la parte del Este, entre los ríos Nao y Cojimar, y en número de ocho mil hombres avanzaron en tres columnas, sin otra resistencia que la que quisieron oponerles los lanceros del campo, arrojándose atropelladamente á ellos al grito de *¡Viva la Virgen!* pero teniendo que retirarse desbaratados y en desórden. Como nada se había hecho en punto á defensa, y no era fácil remediar en un dia la inacción y el descuido de un año, todo se resintió de precipitación y de mal acuerdo. Echáronse á pique navíos españoles para cerrar la boca del puerto con una cadena de maderos y cables: marineros y negros trabajaron con ardor para guarnecer con artillería de á doce el fuerte de la Cabaña, llevándola á brazo: mas luego la junta misma de guerra le mandó evacuar, dejando comprometidos á trescientos hombres que á él habían subido, y á los cuatro dias, sin que á los ingleses les costara una gota de sangre, ni otro trabajo que la dificultad de superar un terreno agrio, pero en el que ni siquiera se habían hecho cortaduras, víéronse dueños de la Cabaña (11 de junio), que el mismo Prado reconocía ser la llave de la plaza. Una vez enseñoreada aquella posición, saltaron á tierra otros dos mil hombres: el castillejo nombrado de la Chorrera les fué abandonado: cortaron las cañerías que surtían al vecindario de agua, y quedó la ciudad atendida á la que había, si bien en abundancia, en los aljibes.

Como la ciudad se conservaba en comunicación con el resto de la isla, no carecía de subsistencias, y mas con el oportuno acuerdo que se tomó de obligar á salir de ella las comunidades religiosas, las mujeres, niños, y toda la gente inhábil para el manejo de las armas. Tampoco cesaban de acudir socorros de milicias del campo, á mas de los que enviaban los gobernadores de Puerto-Príncipe, Trinidad, y otras ciudades de la isla, con quienes estaba en comunicación, y á quienes daba órdenes el capitán general Prado. Las familias acomodadas se desprendían de sus esclavos para que los empleara en la defensa de la ciudad, y ellos trabajaban con ardor y se lanzaban al combate como quienes en premio de alguna hazaña esperaban ganar la libertad. En cambio inutilizábase lastimosamente y de nada sirvió la escuadra española: su artillería fué destinada á los fuertes; á comandantes y gobernadores de ellos los que eran jefes y capitanes de navíos. Uno de ellos, don Luis Velasco, á quien se encomendó la defensa del Morro, contra cuya fortaleza asestaban los ingleses, así las baterías de tierra de la Cabaña, como las de sus mayores navíos, mantuvo grandemente el honor del pabellón español; con mortífero fuego acribillaba las naves inglesas que frente al castillo cruzaban:

(1) Hay muchas comunicaciones en que se ve la desmedida confianza del don Juan de Prado.

de sus certeros tiros no se libraban los que subían á relevar la guarnición del fuerte enemigo; con impavidez imperturbable veía los destrozos que una lluvia de bombas arrojada por los contrarios hacia dentro de su fortaleza, y con algunas salidas mas impetuosas que afortunadas mostraba que sabía desafiar los peligros como aquel que no conocía el miedo.

Llegado era ya el mes de julio; asombrados tenía á los ingleses la imperturbable serenidad y heroica resistencia de Velasco: por tierra y por mar vomitaban bombas y balas rasas doscientas bocas de bronce sobre el Morro: no se veía sino una atmósfera de fuego; estrago no pequeño causaban los disparos de los españoles en los buques británicos, desgarneciendo algunos y diezmando su tripulación; también le sufrían los nuestros, abrumados por un diluvio de bombas y granadas reales. El 13 de julio proponía ya el intrépido Velasco como único medio de salvación una arremetida brusca y nocturna á las baterías enemigas mas inmediatas, mas sobre no haber hallado en la proposición en el apático Prado, entorpeció su ejecución una contusión de bala que le tuvo unos dias imposibilitado; y cuando llegó á verificarse (22 de julio), como que se hizo sin que fuese á la cabeza un jefe de valor y de autoridad, solo sirvió para acreditar el denuedo de los combatientes, y hacer víctimas de una y otra parte sin resultado. Cuando volvió á encargarse de la comandancia del castillo, entre otros contratiempos encontró que los ingleses habían abierto una profunda y ancha mina: nuestros ingenieros declararon que encrucian de medios y de gente para contraminar, y la junta de guerra no se daba trazas de proveer de remedio á aquella situación apurada. Nunca abandonó á Velasco la serenidad, ni por un momento desfalleció su grande ánimo: pero habían caído ya sobre el castillo diez y seis mil bombas y granadas: llevaba treinta y ocho dias de cerco; habían recibido los ingleses cuatro mil hombres de refuerzo de la América del Norte; amenazábale un ataque por mar y tierra; los golpes de los minadores resonaban en las paredes del fuerte, y por encima de tierra estaba tan próximo el enemigo, que apenas le separaban seis varas de la estacada.

En tal conflicto pidió al gobernador Prado (29 de julio) le ordenase por escrito lo que había de hacer; si había de evacuar la fortaleza, resistir el asalto, ó capitular. La junta, á quien el gobernador consultó, respondióle dejándole á su discreción y prudencia, advirtiéndole solo que en el caso de capitular no ligara la suerte de toda la plaza á la del castillo del Morro. Orden terminante, y que resolviera á cuál de los tres extremos había de atenerse, era lo que Velasco quería, y así lo volvió á requerir, preparándose en tanto para morir en todo evento con honra y como cumplía á un hombre de su temple. No tardó en realizarse, para ejemplo de unos y para vergüenza y oprobio de otros. En la tarde del dia siguiente (30 de julio) reventó con estruendo la mina, en ocasión que comían el rancho los defensores del castillo. No es maravilla que algunos, aturdidos con el estrépito y el estrago, se descolgaran precipitadamente para salvarse; no así el imperturbable Velasco, que acudiendo impávido á la brecha, seguido de su segundo el marqués Gonzalez, y de los oficiales y soldados mas animosos, voló á dar la última prueba de su patriotismo y de su denuedo. Sobre dos mil ingleses concurrieron al asalto. Tal era la respetuosa veneración en que aquellos tenían el valor y las virtudes del ilustre marino español, que llevaban orden expresa de sus jefes de conservar la vida á Velasco: á ellos mismos no les fué posible cumplirla: colocado el esclarecido guerrero á la delantera de todos, una de las balas que llovían, y que no podían llevar aquel discernimiento, le derribó mortalmente herido. Cayó también, muriendo con gloria, su digno émulo el marqués Gonzalez: perecieron los oficiales mas valerosos; muchos soldados fueron acuchillados; cayeron prisioneros otros; no llegaron á trescientos los que se salvaron. Por encima de cadáveres pasaron los vencedores á plantar el pendón británico sobre el torreón del Morro. El general inglés conde de Albermale, ya que no pudo salvar á Velasco, hizo que con todo esmero fuese conducido á la plaza hasta dejarle en el lecho, donde falleció de resultas de su herida la mañana siguiente (2).

(2) «El segundo comandante Gonzalez, dice el historiador inglés Wi-

Todavía tenía muchos elementos de defensa la plaza: intactos y fuertes estaban otros castillos: no escaseaban los víveres: refuerzos de milicias entraban: entusiasmo había: á su costa levantaban compañías los hombres acaudalados; y en los primeros momentos se advertía resolución y energía en todos, incluso el mismo Prado, que otra vez aseguraba que ni faltaba precaución que tomar, ni confianza y decisión para disputar el terreno al enemigo palmo á palmo. Pero esta vez, como la pasada, sobró de jactancia al capitán general, lo que, llegado el caso, le faltó de brío; y los demás jefes estaban lejos de reunir las condiciones necesarias para suplir esta falta del superior (1). Dueños los ingleses del Morro, dirigieron sus baterías contra el castillo de la Punta, y se corrieron hácia Jesus del Monte, pronunciándose en retirada el coronel don Carlos Caro, que no supo defender aquel puesto con dos mil hombres que tenía. El 10 de agosto intimó ya el general inglés la rendición de la plaza al español Prado. Con apariencia al menos de entereza le volvió este la primera contestación. Mas como al día siguiente apareciesen colocadas al Este y Oeste del puerto nueve baterías inglesas con igual número de trincheras, y comenzase un horroroso fuego de cañon y un bombardeo sostenido contra la plaza, pareció faltarles tiempo á Prado y á la junta para enarbolar banderas de paz en diferentes puntos de la muralla y en los buques del puerto. No pensaban así ni las milicias ni el vecindario, tanto que temiendo que se sublevaran contra él mismo tuvo por oportuno desarmarlos. Alegaba el cobarde gobernador falta de pólvora y de gente, y ni de uno ni de otro se carecía; el deseo de la población, cuando era manifestamente contrario; el peligro de brechas accesibles, que no existían aun, y hasta el pobre pretexto de la proximidad de la estación de las tormentas (2).

Ajustóse, pues, y se llevó á efecto, una capitulación (13 de agosto, 1762), honrosa al decir de los escritores ingleses, vergonzosa en la opinión de los españoles. Estipulóse la entrega de la plaza y sus castillos, habiendo de salir la guarnición para ser conducida á España. No se haría novedad en el ejercicio de la religión ni en la forma del gobierno de la ciudad. A los jefes y oficiales superiores se les facilitarían los medios correspondientes á la dignidad de sus empleos para que pudieran embarcarse con sus criados, efectos y alhajas. Así, despues de un asedio de dos meses y diez días, tomaron los ingleses posesión de la Habana, la joya de las Antillas y la llave de las Américas españolas, apoderándose al propio tiempo de un territorio de sesenta leguas al Oeste, de un tesoro de quince millones de duros, de una inmensa cantidad de municiones y de aprestos navales, y de nueve navíos de línea y de tres fragatas, resto de toda la armada española que había sido enviada á aquel puerto (3).

Causó en Madrid la noticia de este desastre tan honda tristeza como era de esperar, en tanto que en Londres costaba trabajo creerla por demasiado feliz. Cuando se adquirió certeza del hecho, el parlamento acordó un voto público y solemne de gracias al almirante Pocock.

No fué este solo el infortunio que sobrevino entonces á España. Porque á poco tiempo Manila, la capital de la isla de Luzon, tan importante en Oriente como la Habana en Occidente, caía también bajo el dominio británico. Acometióla el

lliam Coxe, murió en la brecha, y el valiente Velasco, despues de luchar denodadamente contra fuerzas superiores, mientras pudo reunir algunos soldados á la sombra de la bandera española, recibió una herida mortal en medio de los vencedores, que admiraron su valor.» España bajo el reinado de los Borbones, cap. 61.

(1) Hé aquí cómo los califica Ferrer del Río: «El marqués del Real Transporte, dice, por nada animoso, el ingeniero Ricaud por inepto, el marino Colina por menos autorizado, don Diego Tabares por tibio, y el conde de Superunda por viejo.»—Historia de Carlos III, lib. I, cap. 3.º

(2) La inexactitud de las causas alegadas por Prado se patentizó algo mas adelante por un documento del ayuntamiento de la Habana, expedido de su orden por el secretario capitular.

(3) Reales órdenes comunicadas á don Juan de Prado y al marqués del Real Transporte, y las respuestas de estos.—Correspondencia entre el capitán general y los demás jefes militares de la isla.—Actas de la junta de guerra.—Cartas del almirante Pocock, y de lord Albermale.—Gacetas de aquel año.—Beccatini, lib. III.—Ferrer del Río describe las operaciones de este sitio con toda la prolijidad que permite una historia especial

general Droper, procedente de Madrás, con una fuerza de mil trescientos hombres: poco mas de la cuarta parte contaba la ciudad para su defensa: el arzobispo don Manuel Antonio Rojo, que interinamente la gobernaba, mostró mas energía y mas denuedo de lo que era de esperar de un hombre de su estado. Pero emprendido con actividad el sitio por los ingleses, y tomadas por asalto las fortificaciones, no pudo el animoso prelado resistir mas; y como viese que la población estaba siendo lastimosamente saqueada, desde la ciudadela pidió capitulación, ofreciendo pagar la suma de cuatro millones de duros á fin de que no fuese totalmente destruida (octubre de 1762). Perdióse, pues, la mejor de las Filipinas, como se había perdido la mejor de las Antillas.

En medio de tales desgracias, debieron servir de mucho consuelo al rey los testimonios de adhesión y de amor que recibía de sus vasallos. Tal fué, entre otros, el que la nobleza de la corona de Aragón le daba en una exposición que le dirigió, llena de patriotismo y de fuego. «Señor, le decía, la nobleza de vuestros reinos de la corona de Aragón suplica á V. M. confie á su celo la defensa de sus costas. No nos parece demasiado presunción desafiar á toda la potencia inglesa, que con escritos públicos injuriosos y picantes tiene la osadía de ultrajar á los valerosos habitadores de la España..... Suplicamos á V. M. acepte la mitad de nuestras fuerzas para llevar la guerra al país de los enemigos, en lugar de esperarla en nuestras casas, bastándonos la otra mitad para alejarla de nuestras plazas, si tiene la temeridad de acercarse á ellas. Nos es indiferente el lugar que V. M. quiera señalarnos; lo mismo el clima á donde se digne aprovecharse de nuestros servicios; y por lo que hace al sueldo, absolutamente lo renunciamos. Los que no aspiran á otra cosa que á lograr un derecho incontrastable á la dignidad de hombres ilustres, no buscan galardón ó recompensa, sino la ocasión para poder manifestar su valor y su amor á la patria, etc. (4).»

Pero la única compensación material que tuvo España en esta guerra marítima fué haber tomado á los portugueses la colonia del Sacramento, objeto, como antes hemos visto, de antiguas contiendas con el reino lusitano. Hizolo el capitán general de Buenos-Aires, don Pedro Ceballos, obligando al gobernador á rendirla, con cerca de dos mil quinientos soldados que la guarnecían, y ciento diez y ocho cañones (29 de octubre, 1762). Apresáronse allí veintiseis buques ingleses, con ricos cargamentos, valuado todo en cuatro millones de libras esterlinas. Con esto se enfrenó también la osadía de los aventureros ingleses y portugueses, que picados de la codicia habían concebido el audaz proyecto de atacar á Buenos Aires.

Tratándose estaba ya por fortuna de paz, como atrás dejamos indicado. Las dos potencias borbónicas la necesitaban y apetecían despues de tan grandes descalabros, aunque mezclados con algunos pocos sucesos felices; y especialmente Francia, cuya sola alianza con Austria era mirada ya como una calamidad pública, y con su desarreglo interior, debido á las disipaciones y desórdenes de un rey y de una corte licenciosa, se veía sin comercio, sin tesoro y sin crédito. Afortunadamente para las dos naciones, el ministro ya mas influyente del gabinete británico, lord Rutte, manifestaba hartamente con su política interior y exterior que era menos conforme á sus inclinaciones la guerra que la paz. Ya había hecho proposiciones á Austria y Prusia para que arreglasen sus desavenencias, y retirando el subsidio que la Gran Bretaña daba á Prusia significaba bien su deseo de que no se prolongara la lucha en Alemania. Cuando por las renunciaciones de Pitt y de Newcastle quedó sin rival en el Consejo, fuéles ya fácil entenderse á Francia é Inglaterra. A esto pasó á Paris el duque de Bedford, á Londres el de Nivernois (setiembre, 1762). Dejéose á Austria y Prusia que acordaran particularmente entre sí sus diferencias; las dos cortes de la familia Borbon siguieron sus tratos con la de la Gran Bretaña, y hechas algunas transacciones llegaron á ponerse de acuerdo en los preliminares (3 de noviembre, 1762). Mucho debía desear ya la paz el mismo Carlos III, antes el mas promovedor de la

(4) Beccatini inserta esta representación en el lib. III de su compendiosa historia, de donde la tomó también Will'am Coxe.

guerra, siendo cierto que escribía al marqués de Grimaldi: *Mas quiero ceder de mi decoro, que ver padecer á mis pueblos, pues no será menos honrado siendo padre tierno de mis hijos.*

Llegaron estos preliminares á ser tratado definitivo, que se firmó en Paris (10 de febrero, 1763). Por él cedía Francia á Inglaterra la Nueva Escocia, el Canadá, con el país al Este del Mississipi, y el cabo Breton, conservando solo el privilegio de la pesca en el banco de Terranova; en las Indias Occidentales cedía la Dominica, San Vicente y Tabago; en las costas de Africa el rio Senegal. Respecto á España, Inglaterra le devolvía la Habana y todo lo conquistado en la isla de Cuba, pero en cambio España cedía la Florida y los territorios al Este y Sudeste del Mississipi, abandonaba el derecho de la pesca en Terranova, y daba á los ingleses el de la corta del palo de tinte en Honduras. Como compensación de la pérdida de la Florida logró España de Francia por arreglo particular lo que le quedaba de la Luisiana, que en verdad mas era para Carlos III una carga y un cuidado que una indemnización ó una recompensa. Manila se devolvió también á España, y la colonia del Sacramento á Portugal, cuyo reino habían de evacuar las tropas francesas y españolas (1).

Tal fué entonces el resultado, en verdad bien triste, de la guerra provocada por el Pacto de Familia. Inglaterra ganó en importancia aun mas que en conquistas. España recibió dos grandes escarmientos, y sucumbió á un gran sacrificio. Francia quedó humillada, sometándose á condiciones vergonzosas.

CAPÍTULO III

Consecuencias de la guerra y de la paz.—La América española

DE 1763 Á 1764

Devolución de la Habana á los españoles.—Retirase del ministerio don Ricardo Wal.—Ardid que empleó para que se le admitiera la renuncia.—Honosres que le dispensó el rey.—Grimaldi ministro de Estado.—Su adhesión á Francia.—Quejas del embajador inglés.—Dificultades para la restitución de la colonia del Sacramento á los portugueses, y de Manila á los españoles.—Graves contestaciones sobre la cuestión de Honduras.—Cómo se arreglaron estas diferencias en las cortes de Londres y Madrid.—Enlaces de familia entre los Borbones y la casa de Austria.—Fiestas en Madrid.—Mercedes reales.—Fija el gobierno español su atención en las posesiones ultramarinas.—Viejos y graves abusos que había en las colonias de América.—Trátase de remediarlos.—Fortificación de plazas.—Reformas administrativas.—Establecimiento de correos.—Nombramiento de un visitador general para la América española.—Prendas de don José Galvez, y facultades de que fué investido.—Su conducta en Nueva España.—Aumento en las rentas.—Nuevo sistema de impuestos.—Visita y reformas en el Perú.—Reversión del oficio de correo mayor de Indias á la corona.—Algunos alborotos en Méjico y el Perú.—Son sofocados.

Con arreglo á una de las mas esenciales cláusulas del tratado de Paris se dispuso que la Habana fuera restituida al monarca español, cuya entrega hicieron los ingleses (6 de julio de 1763) al conde de Ricla, que había sido nombrado capitán general de la isla de Cuba. Lo cual no fué obstáculo para que se siguiera la causa que se mandó formar ante un consejo de guerra á los jefes á cuyo descuido, inercia ó incapacidad se atribuía su rendición, y á los cuales el tribunal juzgó de la manera que diremos despues.

Una novedad grande ocurrió á poco tiempo en el seno del gabinete español, que novedad grande era en aquellos tiempos la retirada de un primer ministro, y mas en los de Carlos III que tenía una aversión manifiesta á todo cambio de esta especie. Pero hacia tiempo que el ministro de Estado don Ricardo Wal suspiraba por dejar un puesto, para él ya penoso, aunque de otros tan apetecido y envidiado. Sobre no ser acaso enteramente conforme á sus principios la política de familia del nuevo reinado, acabó de resolverle un incidente de otro género en que él se conceptuó desairado; negoció que se refería á uno de los muchos puntos que en este reinado suscitaron contro-

(1) Colección de tratados de Paz.—Beccatini, lib. III.—Historias de Inglaterra.—Muriel, Reflexiones relativas á la cesión de la Florida.

versia entre el gobierno de España, la corte de Roma y el Consejo de Inquisición, y de que habremos de dar cuenta en otro lugar. No dispuesto Carlos III á consentir en que se apartara de su lado ministro tan hábil como Wal, y comprendiendo este que ningún motivo político que alegara, y solamente una causa física era lo que podía mover al rey á admitirle su dimisión, discurrió fingir que padecía de debilidad y mal humor en la vista; á cuyo fin dió en usar antiparras, en ponerse una pantalla verde á los ojos, y aun añadían que cuando había de presentarse al rey se frotaba los párpados con una especie de pomada que le producía una ligera irritación. Parece paradoja en los tiempos que alcanzamos que en otros no muy remotos tuvieran necesidad los buenos ministros de emplear tales ardidés para que se les permitiera descender de su puesto! Movié el monarca de una causa que aparecía tan justa, accedió á relevarle del ministerio, bien que mostrándole lo mucho que sentía verse privado de sus servicios, concediéndole una pingüe pensión para que la disfrutara en el Soto de Roma, sitio y casa real en la vega de Granada, y encargándole que no dejara de visitarle por lo menos una vez cada año en Aranjuez (2).

Quedaban con la salida de Wal vacantes dos ministerios. El de la Guerra se dió á Esquilache, conservando el de Hacienda. Para el de Estado se llamó al marqués de Grimaldi, embajador de España en Paris, que como activo y principal negociador que había sido del Pacto de Familia, dió ocasión á que fuera interpretado su nombramiento como una significación de la preponderancia de la política francesa y de la influencia del ministro Choiseul. Y si bien es cierto que Carlos deseaba sinceramente que no se alterara la paz, tampoco pudo evitar que la venida de Grimaldi suscitara temores y recelos de que volviera aquella á turbarse. «De mas francés que el mismo embajador de Francia, calificaba á Grimaldi el ministro inglés Rochefort (3), y quejábale de que su predilección á Francia crecía de día en día. Los recelos que infundía esta predilección no carecían de fundamento. Por mas que al monarca español le conviniera dejar que su pueblo se repusiera á favor de la tranquilidad de los males causados por la guerra, Francia había quedado demasiado humillada, y era el ministro Choiseul demasiado orgulloso para que dejara de discurrir, desde el instante mismo en que se firmó la paz, los medios de destruir ó burlar las estipulaciones del tratado, de meditar el modo de vengar un día su resentimiento contra la potencia que así le había dado la ley, de excitar ó fomentar disturbios do quiera que pudiese, y de valerse de sus influjos en el gabinete de Madrid para indisponerle de nuevo con la Gran Bretaña.

Así, aunque los artículos del tratado fueron recibiendo su ejecución, ninguno dejó de suscitar turbulencias ó disputas graves. El capitán general de Buenos-Aires don Pedro Ceballos restituyó á los portugueses la colonia del Sacramento (27 de diciembre, 1763), y algunos meses mas adelante (24 de abril de 1764), el general inglés Droper devolvía al dominio español la capital de Filipinas. Mas ni una ni otra devolución se hizo sin contestaciones de naturaleza de amagar nuevo rompimiento. Disputóse sobre los verdaderos y mal señalados límites de aquella colonia, y al tiempo que se dirigían varias representaciones al gobierno español, Ceballos mostraba repugnancia á restituir una parte del territorio, fundado en quejas relativas al comercio de contrabando en Buenos-Aires y en lo interior del Paraguay. Pensóse otra vez en renovar las hostilidades contra Portugal, y merced á las reclamaciones de Inglaterra producidas por su embajador conde de Rochefort, quedó sin efecto la reunión de tropas que ya se estaba haciendo en Galicia y Extremadura, porque el gobierno inglés declaró explícitamente estar resuelto á no tolerar la menor agresión contra aquel reino, y que el primer cañonazo que contra él se disparara sería considerado como *casus belli*.

(2) Allí vivió, querido de los habitantes de la comarca, no solo por los actos de caridad que con ellos ejercía, sino por sus costumbres, amable genio y dulces modales, hasta que murió en 1778.—Correspondencia entre Wal y Tanucci.—Fernan Nuñez, Compendio histórico, part. II.—Viaje de España en 1764 y 1765.

(3) Carta de lord Rochefort al conde de Halifax, en Coxe, cap. 62.